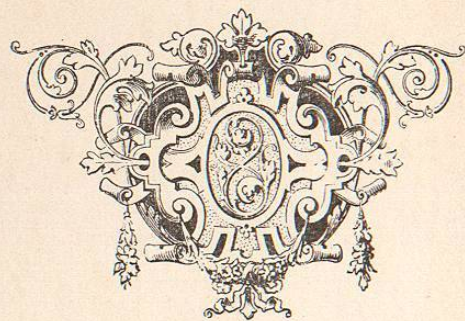


mado, donde hoy está la imprenta de Fomento, y los denominados *Gran Café de las Escalerillas*, *Café Nacional*, *Puente de San Francisco*, *Rejas de Balvanera*, *Mariscalá* y otros, tomábase *atole* de leche, blanco ó ligeramente rosado, con bizcochos ó *tamales* cernidos y además, por la tarde y noche, *arroz con leche*, *natillas*, *bien-me-sabe*, *leche crema*, *jiricalla* y otros dulces por el estilo. En algunos establecimientos como el de Balvanera, servíase, al medio día, la refrigerante *cuajada*.



Los pobres se dirigían para hacer su desayuno, á determinadas esquinas, en donde se expendía, no sólo el *atole* simple, sino otros compuestos, tales como el de *anis*, *chileatole* y *chamurrado* ó *atole* con chocolate, y además agua de hojas de naranjo con su copita de aguardiente, té claro y agua teñida con café; mas en cambio gustaban aquellas gentes un sabroso pan blanco que ya quisiéramos los de la época actual de los *brioche* y *magdalenas*, masas de harina mezcladas con azafrán, cuando no con cromato de plomo en vez de huevo, salvo algunas excepciones, co-



mo que corren los tiempos del adelanto de la química que ha hecho necesario el establecimiento del Consejo Superior de Salubridad.

Las *lecherías* hallábanse generalmente instaladas en grandes accesorias, en las que había media docena de mesitas cuadradas, negras, con sus cubiertas pintadas á imitación del marmol; un armazón y mostrador en un rincón, un quinqué de aceite que pendía del techo, un escaparate con los platillos de dulce y, á la puerta, sobre una mesita de palo blanco, un gran lebrillo lleno de leche ya hervida y á la que el enfriamiento había creado una gruesa nata, que más tarde debía de recogerse para las sabrosas natillas que se expendían por la tarde y noche.

Incontable era el número de los establecimientos que con los títulos de Cafés y Lecherías se hallaban distribuidos por toda la ciudad, pudiendo citar sin referirme á los de mayor importancia antes mencionados, los siguientes: Café de Manrique en la calle de este nombre, junto al número 5; de las calles de Tacuba, Cadena, Rejas de Balvanera, la Merced y 1.^a de San Juan. El famoso del "Infiernillo," se hallaba situado en la calle del Coliseo Viejo, en la casa inmediata á la antigua Sociedad de El Progreso. La bebida especial y predilecta de los que á dicho establecimiento concurrían era el *fosforito*: Café puro que servía el mozo á discreción, llenando á la vez vaso y platillo, y para complemento de la bebida dos ó tres terroncillos de azúcar y una copa de buen catalán que á dicha bebida se mezclaba para apurarla tranquilamente á sorbos pausados y alternados con fumadas del cigarrillo.

XI

TIPOS ESPECIALES.

EL AGUADOR.



MEDIDA que el día avanzaba ibanse presentando otros tipos, que, por sus caracteres especiales, voy á dar á conocer separadamente.

EL AGUADOR, tipo original, que casi ha desaparecido, poseía las siguientes cualidades: era el amigo de confianza de las cocineras y las camaristas, el correvedile de los enamorados, el inventor de un sistema especial de contabilidad, el que ejecutaba su destreza quirúrgica en los gatos, el que en tiempos más antiguos enterraba á los muertos y en las procesiones de la Semana Santa cargaba á los Santos.

Desde la seis de la mañana daba principio á sus faenas dirigiéndose á una fuente, no sin echarse al coleto, de pasadita, una copa de *mezcal* ó *chinguirito* en alguna vinatería para *hacer la mañana* ó para *abrigarse el estómago*. De pie al



EL AGUADOR Y SU VÍCTIMA.

borde de la típica fuente del *Salto del Agua* ó de la tradicional de la plaza de Santo Domingo, ó bien al de cualquiera otra de las situadas en distintos lugares de la ciudad, llenaba de agua su esférico *chochocol*, cuyo asiento, en forma de rodete encajaba en una de las aberturas circulares practicadas en la superficie superior del brocal de piedra, de la fuente.

El aguador vestía camisa y calzón de manta, calzoneras de gamuza ó pana, mandil de cuero que pendía de una especie de valona de la misma materia, de la que era igualmente el casquete que cubría la cabeza, y el cinturón que sostenía por detrás el rodete en que apoyaba

el *chochocol* y unas pequeñas bolsas en que guardaba los colorines y la afilada navaja, instrumento indispensable para las operaciones gatunas. De su cintura pendía un cucharón de madera, de mango largo, del cual se servía para alcanzar el agua de la fuente, estando baja, y llenar el cántaro transmitiendo el líquido al *chochocol*. Echábase éste á la espalda, sosteniéndolo por medio de una cinta ancha de cuero sujeta en la cabeza, en tanto que de ésta misma, mediante otracorrea de cuero, sus pendía por delante el cántaro lleno igualmente, con el que contrabalanceando el peso del voluminoso *chochocol*, lograba poner su cuerpo en equilibrio.

Unas veces con paso tardo y trabajoso y otras con cierta ligereza proporcional á las fuerzas individuales y al peso de la carga, se dirigía á una de tantas casas en que prestaba sus servicios, pudiendo decirse, de planta.

Durante el tránsito, los muchachos que iban á la escuela lo detenían para mitigar su sed á boca de cántaro, y sólo los gatos, por su admirable instinto, huían de él espeluznándose para esconderse en los más recónditos lugares de las casas.

Al subir la escalera de una habitación, la primera que salía al encuentro era la cocinera que entablaba con él el siguiente diálogo:

—*¡Algame Dios! ñor Trenidá, qué tarde ha venido; por poco me deja hoy sin guisar. De altiro se pela Usté maestro, (abusa usted demasiado).*

—Qué quiere, ña Pascuala, si no había agua en la pila de Zuleta y he tenido que ir hasta el Salto del Agua.

—A mí no me engaña Usté, ñor Trenidá, el *chinguirito* (aguardiente) es *lagua* que irá á buscar en la vinatería de la esquina.

—A qué mala es usted, *ña Pascuala*, mire que ni siquiera lo he *prebado*.

—Bueno, bueno, hombre: vacíe su cántaro en la tinaja y eche *lagua* del *chochocol* en el barril, y ya sabe que después, ha de *echar baño á la Señora*, cuidando de llenar bien la tina y la calentadera para que ésta no se *desolde*, como sucedió el otro día.

El aguador vertía el agua del cántaro en la tinaja, como se le había prevenido, y haciendo girar con maestría el chochocol hacia adelante, le quitaba la tapa de cuero y dejaba caer sobre el barril una sonora y espumosa cascada.

Hay que advertirte, caro lector, que el aguador sufría pacientemente las impertinencias de la cocinera por el interés de los tacos que aquella solía darle, consistentes en tortillas de maíz, que servían de emboltura al escamoch de arroz, frijoles y, á veces, de carne.

Otras veces el diálogo era sostenido con la camarista, en estos términos:



LA RECAMARERA.

—Hágame una *valedura* (un favor) *ña Tomasa*: entréguele esta carta á la niña *Manuelita*.

—¿Por quién me ha tomado usted hombre? Mire que si se lo digo á la Señora, pierde usted su colocación.

—No sea *polinaria* (desde-

ñosa) *ña Tomasita*; mire que este negocio nos puede producir algunos *riales* y á más *quel Señor* no quiere á la niña *pa* cosa mala.

—Con todo y eso, *Don Trenidá*, á mí no me gusta andar en esos *gatuperios*, y advierta que si la señora *nos come el trigo*.....(nos descubre).

—Me ha dicho el Señorito, que si se casa con la niña *Manuelita*, no hemos de arrepentirnos del servicio que nos pide, porque á más de recompensarnos bien por que es muy *dadivoso*, usted ha de ser, ama de llaves de su casa y yo su camarista, con que *ansí, ándele* (decídase) *ña Tomasita*.

—Puesto que ese señorito viene con buenos fines, qué le hemos de hacer, *deque* la carta.

Estos eran los preliminares de una activa correspondencia amorosa, que allanaba muchas veces el camino á la *Vicaría*.

El tercer diálogo era sostenido entre la ama de la casa y el mismo aguador, de esta manera:

—Buenos días, *maestro*.

—Muy buenos días tenga *su Mercé*.

Lo he mandado llamar para que me *componga* al gato, ese demonio de animal que no nos deja dormir en las noches, por sus pleitos en la azotehuela con los gatos de las casas vecinas.

—Muy bien, niña.

Tan pronto como se daba la orden, el aguador procedía á dar cumplimiento á lo ordenado, no sin protesta de la criada que aseguraba como buena observadora que había sido, que el gato aquél trocaría sus inclinaciones belicosas por otras que de pacíficas pecaran, entregándose á la *mclicie* como todos los gatos, en igualdad de circunstancias: comer bien, dormir mejor y engordar á reventar, dejando en paz á los ratones de la casa, aunque por los *vigotes* le pasaran.

Mucho cuento era aquel y afán ingrato: Cambiar de condición al pobre gato.

Terminada la faena del cirujano recibido en el Salto del Agua, poníase en libertad al cuitado y descompuesto animal y, entonces, era de ver la precipitada fuga que emprendía éste por los corredores de la casa, en busca de un refugio lejano, que al fin hallaba entre las plantas trepadoras de la azotehuela, cerca de aquellos techos inclinados que la causa fueron de su desdicha, la que, al fin, podía llorar á solas en su escondrijo, prometiendo á la vez, no reincidir en sus

nocturnas correrías. Todos en la casa quedaban complacidos por el despropósito gatuno y solamente el pobre animal, desde su escondite exclamaba:

Dolido de mis yerros y pecados,
Prometo no volver á los tejados.



La liquidación de cuentas con el aguador, era otro asunto de no menos curiosidad.

—¿Cuánto le debo á usted, *maestro*? preguntaba la señora de la casa al aguador.

—*Pos quién sabe*, niña, respondía éste.

—A ver, *Tomasa*, trae la botita de cuero de los colorines,—en la cual, á veces, solían deslizarse éstos en mayor número que los viajes del aguador.

Procedíase á la liquidación de esta manera: La señora ponía todos los colorines sobre la mesa en montoncitos de á tres, los que sumados constituían otros tantos medios reales. Así, pues, si aquéllos eran 39 y dos colorines, la señora pagaba al aguador dos pesos y tres y medio reales, quedando reservados los dos colorines restantes para nueva cuenta.

Casi nunca terminaba esa liquidación, sin que la señora dejase de hacer alguna observación, como ésta:

—Válgame Dios, *maestro*, qué cara ha salido el agua esta semana.

—Pues ya ve la niña, por los colorines, los *viajes que he echado*.

—Pero si en esta semana no ha habido más que un baño, ni se ha fregado la escalera, y las macetas están muertas de sed.

—Pues *quién sabe* en qué estará, niña.

Y con esto terminaba la observación.

Algunas veces, la señora hacía llamar al aguador para que le proporcionase una cocinera, una criada, una camarista ó un portero, pues ninguno como él era tan apto para desempeñar el cargo, por la familiaridad con que trataba á todos los sirvientes habidos y por haber.

En mis artículos relativos al día de Muertos y Semana Santa, te doy á conocer, amigo lector, el importante papel que desempeñaba el tipo que te describo, como *trinitario* en los entierros, y como *nazareno* en las procesiones de Semana Santa.

Por regla general, el aguador no se veía complicado en los robos y asaltos de las casas, y, por el contrario, tal era la confianza que inspiraba siempre á sus amos, que éstos ponían á su cuidado los objetos que, durante la mudanza, trasladaban los mozos de cordel. Era pependenciero, y en sus contiendas con sus compañeros, daba y recibía golpes con el cántaro, que se estrellaba á veces en sus espaldas, á

causa de lo cual continuaba la pelea con solo los corrajes, de los que pendían algunos tientos. Con la cabeza rota, el cuerpo magullado y chorreando sangre, era al fin conducido á la Diputación por los *padres del agua fría*, que tal era el nombre que se daba entonces á los *gendarmes*.

El chochocol que, como el cántaro, era de barro, constituía la prenda más querida del aguador, tanto que, si por una desgracia se le rompía, acudía al medio de remendarlo, uniendo los pedazos con pita, que hacía pasar por los pequeños agujeros que practicaba en los mismos tientos con una lezna, y luego cubría las puntadas con zulaque.

Venturosos días eran para el aguador, aquellos en que se vestía de *nazareno* y en que celebraba el triunfo de la Santa Cruz. Para lo primero no economizaba gasto alguno, aun cuando tuviese que *echar sus viajes* por muchas días, sin recibir remuneración, en virtud de las deudas contraídas, y para lo segundo bastábanle algunas economías, á fin de enflorar la fuente, adornar la Santa Cruz, y echar al aire una gruesa de cohetes tronadores.

Muy aficionado era el aguador al fandango y así podrías verlo, lector amigo, bailando un zapateado en canoa que surcaba el canal durante los paseos de Santa Anita, como dando muestras de su destreza con el alegre jarabe en algún cuartucho de humilde habitación.



EL JARABE.

Al compás de la festiva y bulliciosa música del jarabe, unos bailarones taconeaban de recio en la madera del pavimento, y otros, por falta de zapatos, hacían gala de la potencia de sus desnudos talones; pero todos movían con agilidad sus piernas, las trenzaban, para alter-

nar el rápido movimiento de cada pie; adelantándose unas veces y retrocediendo otras; ya poniéndose en actitud erguida, con las manos hacia atrás; ya inclinando el cuerpo hacia adelante, dejando caer con desaliento los brazos, y al terminar los músicos el estribillo que sigue:

Si piensas que te quería,
Era por entretenerte;
Que el amor que te tenía
Ya se lo llevó la muerte.

mudaban de posición las parejas para repetir el jarabe al son de la nueva música como la del Palomo, el Butaquito, la Petenera, el Artillero, el Café, el Durazno, el Sombrero Ancho y otras canciones muy en boga en aquellos tiempos y que te daré á conocer, amable lector, en el curso de la obra.

Allegretto **JARABE**

Moderado

Si piensas que te que-ri-
a, e-ra por en-tre-te-ner te, que el amor que
te te-ni-a ya se lo lle-vó la muer-te

El estribillo variaba cada vez que cambiaban su posición los bailarores, á tiempo que moderaban el movimiento, como para dar tregua al zapateado. Las principales estrofas eran:

Si dudas de mi constancia
Por que, á veces, yo no te hablo,
Con la lengua de mis ojos
Hablo más, cuanto más cayo.

Cuatro palomitas blancas
Que vienen de por allá,
Unas á las otras dicen:
No hay amor como el de acá.

JARABE TAPATÍO.

Estándome yo meciendo
Se me reventó la reata,
La fortuna que fuí á dar
En los brazos de mi chata.

Ingratas, crueles fortunas
He legado á comprender

Que al árbol lo van á ver
Solo cuando tiene tunas;
Solo cuando tiene tunas,
Menos ni se acuerdan dél.

Amar con pena y resabio
Es el mayor sacrificio;
Vale más tonto y no sabio
Que amante, pero sin juicio,
Para no sentir agravio
Ni agradecer beneficio.

Buscando donde acostarme
Se me apagó la linterna,
La fortuna que encontré
La cama de mi morena.

¡Ay, que Severiana!
¡Qué ojitos tan bellos!
Quisiera tener
Un retrato de ellos.

Con mi Severiana
Tengo una porfía:
Si será melón ó será sandía
Si será de noche ó será de día.

JARABE MORELIANO

Ya no quiero, no quiero
La sombra de tu cariño,
Lo que quiero es contestarte
Para darte tu destino.

El ritmo del Jarabe cambiaba con sonetos como los siguientes:

Allegro **EL PALOMO**

Po lo mu-ta que haces ahí sen-ta
di ta en la ven-ta na Pa-lo-mu-to que haces ahí sen-ta
di ta en la ven-ta na a guar-dan aguar-dando mi pa-
to mo que me tra-i... que me tra-i ga la ma-ña-na o guar-
dan a-guar-dan-do mi pa-to mo que me tra-i... que me
tra-i ga la ma-ña-na Pa-lo-mu-to Pa-lo-mu-

Una paloma al volar
Su dorado pico abría,
Todos dicen que me hablaba,
Pero yo no la entendía;
Sólo que no la olvidara
Entendí que me decía:
Palomita y Palomó.

Eres Palomita indiana
Del palomar de Cupido,
Echate á volar, si sabes,
Y vente al campo conmigo
Palomita, Palomó.

Eres mi paloma blanca,
Y yo tu pichón azul,
Arrima acá tu piquito
Y haremos: cu-rru-cu-cú.
Palomita, Palomó.

En las torres de Morelia
Anda un gavilán penando,
Palomita, no te asustes
Pichones anda buscando
Para darles de cenar
A quienes andan paseando.

Allegro **EL GUAJITO**

Gua-ji-to a mi que me-dio que tra-i ya lo pas-té-Gua-ji-
to u mu-ro ya no le cam-pro tu chi-cha-rron

Guajito, á mí sí,
Métete, métete, por aquí;
Guajito, á mí ya,
Métete, métete por acá.

Andantino **EL PERICO**

Se-ño-ra su pe-ri-qui-to Me que-re lle-var al rí-o
y yo le di-go que no pa-ra que me muero de frí-o
Se-ño-ra Ri-ca Ri-ca pa-ri-to Ri-ca Ri-ca Ri-ca la re-da

Señora, su periquito
Me quiere llevar al río,
Y yo le digo que no
Por que me muero de frío,
Pica, pica, pica perico,
Pica, pica, pica la rosa.

Quisiera ser periquito
Para volar en el aire,
Y allí decirte secretos
Sin que los oyera nadie,
Pica, pica, etc.



FUENTES PÚBLICAS.

Continuación del artículo "El Aguador."

Para dar fin al artículo concerniente al Aguador, conviene dar una idea de los acueductos que han sido destruidos y de las fuentes públicas, muchas de las cuales ya no existen.

DOS eran los acueductos que surtían á la Capital: el que daba principio al Occidente de Chapultepec, recorría la calzada de la Verónica y daba fin en la Mariscala; fué comenzado por el Marqués de Montes Claros (1603 á 1607) y terminado por el de Guadalcázar, (1620). Tenía más de 900 arcos de mampostería y ladrillo, de 5^m de altura, 6^m7 de claro. Sucesivamente fueron destruidos por tramos, dándose principio á los trabajos en 1852. Por la destrucción del primer tramo la

Caja del agua se retiró del Puente de la Mariscala á la bocacalle del Puente de Alvarado, de ésta á la esquina de la avenida de Buenavista, después á la de San Cosme, y por último á la Garita de la Tlaxpana, desapareciendo con este tramo la fuente del mismo nombre, de estilo churrigueresco.

El otro acueducto tenía su origen cerca de Chapultepec; recorría la calzada de Belem é iba á terminar en la típica fuente del Salto del Agua: Fué concluido en 1779 en tiempo del